

# CONSUELO PROCLAMADO

## Volumen 1 – Sermón No. 221

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA TARDE DEL DOMINGO**

**21 DE SEPTIEMBRE DE 1856,**

**POR CHARLES HADDON SPURGEON,**

**EN EXETER HALL, STRAND.**

***“Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios”***

***Isaías 40:1***

¡Qué dulce título: “¡Pueblo mío!” ¡Qué revelación tan alentadora: “¡Tu Dios!” ¡Cuánto significado hay en esas dos palabras, “¡Pueblo mío!” Aquí está lo especial. El mundo entero es de Dios. El Cielo, incluso el Cielo de los cielos es del Señor y Él reina entre los hijos de los hombres, pero Él dice de cierto número: “Mi pueblo”. De los que ha escogido, de los que ha comprado para sí mismo, dice lo que no dice de los demás. Mientras que las naciones y los linajes pasan por alto como si fueran simplemente naciones, Él dice de ellos: “Pueblo mío”. En esta palabra está la idea de propiedad para enseñarnos que somos propiedad de Dios. De alguna manera especial, “Porque la porción de Jehová es su pueblo, Jacob la heredad que le tocó”. Todas las naciones sobre la tierra son Suyas. Toma las islas como una cosa muy pequeña. El mundo entero está en Su poder, sin embargo, son su pueblo, Su pueblo elegido y favorecido, más especialmente Su posesión, porque Él ha hecho más por ellos que por otros. Él los ha comprado con Su sangre, Él los ha acercado a Sí mismo, Él ha puesto Su gran corazón sobre ellos. Los ha amado con un amor eterno, un amor que muchas aguas no pueden apagar y que las revoluciones del tiempo nunca bastarán para disminuir en lo más mínimo.

“Mi gente”! Oh, mis oyentes, ¿pueden por fe ponerse en ese número de los que creen que Dios dice de ellos: “Pueblo mío”? ¿Puedes mirar al cielo esta noche y decir: “Señor mío y Dios mío, mío por esa dulce relación que me da derecho a llamarte Padre Mío, por esa sagrada comunión que me deleito en tener contigo cuando te place manifestarte a mí como no lo haces al mundo”? ¿Puedes tú, Amado, poner tu mano en tu corazón y encontrar allí las escrituras de tu salvación? ¿Puedes leer tu título escrito con sangre preciosa? ¿Puedes por fe humilde agarrar las vestiduras de Jesús y decir, “Mi Cristo”? Si puedes, entonces Dios dice de ti: “Pueblo mío”. Porque si Dios es vuestro Dios y Cristo vuestro Cristo, el Señor tiene un favor especial y peculiar para vosotros. Vosotros sois el objeto de Su elección y seréis aceptados, al fin, en Su amado Hijo. Cuán cuidadoso es Dios con Su pueblo, aquellos de quienes Él dice: “Pueblo mío”. Noten cuán ansioso está Él por ellos, no sólo por su vida, sino también por su consuelo.

Él no dice: " fortalécete, fortalécete, pueblo Mío". No le dice al ángel: "protege a mi pueblo". Él no le dice a los cielos: "arrojad maná para alimentar a mi pueblo", todo eso y más les asegura su tierno cuidado, pero en esta ocasión, para mostrarnos que Él no sólo está atento a nuestros intereses, sino también a nuestras superficialidades, dice: "Consolaos, consolaos pueblo Mío". Él no solo quiere que seamos Su pueblo viviente, Su pueblo preservado, sino que también quiere que seamos Su pueblo feliz. Le gusta que su pueblo sea alimentado, pero más aún, le gusta darles "vinos refinados", para alegrarles el corazón.

No solo les dará pan, sino que también les dará miel. Él no les dará simplemente leche, sino que les dará vino y leche, y todas las cosas dulces que sus corazones puedan desear. "Consolaos, consolaos pueblo Mío". Es el corazón anhelante del Padre, atento incluso a las cosas pequeñas de su pueblo. "Consuélate, consuélate", ese con un ojo lloroso. "Consuélate, consuélate", aquel hijo Mío con un corazón dolorido. "Consuélate", ese pobre quejumbroso. "Consolaos, consolaos, pueblo Mío", dice su Dios.

Ahora esta noche notaremos las partes a quienes se dirige el mandato. En segundo lugar, la razón de ello. Y, en tercer lugar, los medios para llevarlo a cabo.

**1. Primero entonces, ¿A QUIÉN ESTÁ DIRIGIDO ESTE MANDAMIENTO?** Sabéis, amados, que el Espíritu Santo es el gran Consolador, y Él es el único que puede consolar a los santos si sus corazones están realmente alegres, pero Él usa instrumentos para aliviar a Sus hijos en su angustia y para levantar sus corazones de la desesperación. ¿A quién, entonces, se dirige este mandato? Creo que está dirigida a los ángeles y a los hombres.

A los ángeles, en primer lugar, creo que se dirige este mandato: "Consolaos, consolaos, pueblo Mío". A menudo hablas de las insinuaciones del diablo. Con frecuencia os oigo lamentaros porque habéis sido atacados por Abadón y habéis tenido una dura lucha con Belcebú. Te ha resultado difícil resistir sus embestidas desesperadas que te hizo y siempre estás hablando de él. Permítanme recordarles que hay otro lado de esa pregunta, pues si los malos espíritus nos asaltan, sin duda los buenos espíritus nos protegen. Y si Satanás puede derribarnos, sin duda es verdad que Dios encomienda a sus ángeles que nos guarden en todos nuestros caminos, y nos lleven en sus manos para que nunca tropecemos con nuestros pies en piedra. Es mi firme creencia que los ángeles a menudo son empleados por Dios para arrojar en los corazones de su pueblo pensamientos de consuelo. Hay muchos dulces pensamientos que tenemos en el camino, cuando nos sentamos y cuando nos levantamos, que apenas nos atrevemos a atribuir inmediatamente al Espíritu Santo, pero que son, sin embargo, hermosos y tranquilos, amables, hermosos y consoladores, y los atribuimos al ministerio de los ángeles.

Los ángeles vinieron y ministraron a Jesús y no dudo que nos ministran a nosotros. Pocos de nosotros creemos lo suficiente en la existencia de los espíritus. Me gusta ese dicho de Milton: "Millones de criaturas espirituales caminan por esta tierra tanto cuando dormimos como cuando despertamos". Y si nuestras mentes estuvieran abiertas, si nuestros oídos estuvieran atentos, podríamos tener comunión con los espíritus que revolotean por el aire en todo momento. Alrededor del lecho de muerte de los santos, los ángeles revolotean. Al lado de todo guerrero que lucha por Cristo están los ángeles. En el día de la batalla oímos en el aire el relincho de sus corceles. Escuchen, cuán suavemente cabalgan para ayudar a los elegidos de Dios, mientras están en el severo conflicto por lo correcto y por la Verdad de Dios. Cuando hubieran sido derribados, algún ángel susurra: "Ánimo hermano, ánimo, ojalá pudiera estar a tu lado, hombro con hombro y pie con pie, pelear la batalla, pero no debo hacerlo. Se deja para los hombres. ¡Ánimo, pues, hermano, porque los ángeles te cuidan!".

Es un buen deseo nuestro, cuando decimos al anochecer: "¡Paz a ti, amado! ¡Ángeles buenos te guardan! ¡Que extiendan sus alas sobre ti y se paren alrededor de tu cama!" Pero es más que un deseo, es una realidad. ¿No sabes que está escrito, "el ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen"? "¿No son todos espíritus ministradores, enviados para ministrar a los que son herederos de salvación?" Este mandato, entonces, viene a los ángeles: "Consolaos, consolaos, pueblo Mío". Muy a menudo, el serafín de alas brillantes agita su ala hacia la tierra para consolar a algún corazón abatido. Con mucha frecuencia, el querubín cesa por un momento su poderoso canto para emprender diligencias de amor. Desciende como lo hizo Gabriel en la antigüedad, para alegrar el corazón de muchos hombres que luchan, y para estar al lado de aquellos que están en conflicto por Dios y por Su Verdad. Vosotros ángeles, vosotros espíritus luminosos, "Consolaos, consolaos pueblo mío".

Pero en la tierra, esto se dirige más especialmente a los ministros del Señor. Él llama a Sus ministros ángeles de las Iglesias, aunque deberían parecerse mucho más a los ángeles de lo que son. Los ministros están obligados a consolar al pueblo de Dios. Sin embargo, estoy seguro de que no pueden hacerlo a menos que prediquen las buenas y antiguas doctrinas de la Verdad de Dios. Excepto que prediquen la gracia y la doctrina de la gracia, no veo cómo van a consolar las mentes de la familia del Señor. Si adoptara una teología laxa, que enseña que los hijos de Dios pueden apostatar, que, aunque redimidos pueden perderse, que pueden ser llamados eficazmente y, sin embargo, retroceder a la perdición, quiero saber cómo podría llevar a cabo este mandato. Debo decir: "Hermanos, Dios me ha dicho que los consuele. Eso es lo que tengo que predicar. Debes sacar todo el consuelo que puedas de esto porque realmente no puedo encontrar mucho".

¡A menudo me he maravillado de cómo el arminiano puede consolarse a sí mismo, con lo que puede encender un fuego para calentar su propio corazón! ¿Qué doctrina tiene? Él cree que es un hijo de Dios hoy y se le enseña a creer que es un hijo del diablo mañana.

Él está ahora, dice, en el Pacto, pero ese Pacto es algo tan incierto que en cualquier momento puede ser quebrantado, y él puede morir bajo sus ruinas. Sabe que está redimido por la sangre de Cristo, pero se le enseña que eso no será suficiente sin la concurrencia de algunos buenos pensamientos, buenas acciones, o ciertamente por alguna buena gracia, alguna fe propia.

Se le hace creer que su posición depende de que se mantenga cerca de Dios, en lugar de recordar que su permanencia cerca de Dios debe ser por una dulce atracción que procede de Dios mismo. Dónde, entonces, se procurará el consuelo, no puedo decirlo. Feliz soy, no tengo un evangelio como ese para predicar. Permítanme predicar el antiguo Evangelio de Crisóstomo, el antiguo Evangelio de Agustín, el antiguo Evangelio de Atanasio y, sobre todo, el antiguo Evangelio de Jesucristo, el Originador del mismo, porque allí puedo encontrar algo para consolar al hijo de Dios, "Consolaos, consolaos, pueblo Mío". Es nuestro deber reprender, exhortar, invitar, pero también es nuestro deber consolar.

El ministro debe pedir a Dios Espíritu que lo llene de su influencia como consolador, que cuando suba a su púlpito el día de reposo por la mañana, su pueblo pobre y trabajador, que ha estado trabajando, afanándose con preocupación y ansiedad todo el tiempo semana, puede decir: "Aquí viene nuestro ministro; seguramente tendrá la boca llena de cosas buenas. Tan pronto como abra sus labios pronunciará alguna gran y gloriosa promesa de la Palabra de Dios. Él mismo tiene poco que decir, pero se asegurará de decirnos algunas antiguas y buenas Verdades de Dios con un poco de unción fresca y nos iremos refrescados". Oh, hijos del trabajo, algunos de ustedes entienden esto, con los pies cansados venís a la Casa de Dios. Pero, ¡oh, cuán gustosamente cantáis allí y cuán dulcemente armoniza vuestro canto con vuestros corazones! Y cuando has oído la Palabra te vas y dices: "¡Ojalá fuera domingo toda la semana! ¡Oh, que pudiera sentarme y escuchar las Palabras de Dios! ¡Oh, si pudiera sentarme y beber alguna vez en tal consuelo, así debería estar satisfecho como con tuétano y gordura!"

Pero a veces apareces y te azotan justo cuando se necesita un consuelo. O te encuentras con algún tema metafísico seco y duro, que no contiene ningún alimento para tu alma y te vas medio muerto de hambre. Escuchas un buen discurso con puntos equilibrados y la gente dice: "¡Oh, qué oración! Hall o Chalmers nunca hablaron tan bien el inglés. ¡Cuán admirablemente fue entregado!" Pero ¡Ay! ¡Pobre de mí! lo del plato, la porcelana, el cuchillo, el plato, el espléndido paño de damasco, el jarrón de flores, ¿dónde está la comida? No hay ninguno allí. ¡Habéis recibido las guarniciones y debéis estar agradecidos y tener en estima a vuestros ministros, aunque os quiten el pan necesario!

Pero al hijo de Dios no le gustará eso. Él dice: "Estoy cansado de tales cosas, fuera con estos adornos, dámelo en sajón áspero si quieres, ¡pero dame el Evangelio! Córtalo como quieras, pero dame algo de qué alimentarme.

El lenguaje puede ser áspero y el estilo hogareño, pero el heredero del Cielo dice: "Había 'consuelo, pueblo Mío' en él, y eso era lo que quería. Puede que su estilo, humanamente hablando, no se haya adaptado exactamente a mi gusto, pero me ha alimentado el alma y eso me bastará".

Pero, mis amigos, no apoyen a sus ministros como una excusa para el desempeño de sus propios deberes, muchos lo hacen. Piensan que cuando se han suscrito al apoyo del ministerio, es suficiente, imaginando, como lo hacen nuestros amigos católicos romanos, que el sacerdote debe hacer todo y la gente nada, pero eso está muy mal. Cuando Dios dijo: "Consolaos, consolaos pueblo Mío", habló a todo Su pueblo para que se consolaran unos a otros. ¿Y quién hay aquí que conozca al Señor y haya gustado de su gracia que no pueda consolar a sus hermanos? Ahí está mi fuerte amigo, está en el monte festejando con el amor moribundo. Él es el tema de rapsodias y gran emoción, su alma es como el carro de Aminadab. Está ardiendo con la presencia de su Maestro. Está viviendo cerca de Dios y bebiendo en plenitud de gozo.

Oh, mi hermano, ve y habla a otros de tu alegría, porque no sabes qué dolor hay sobre la tierra. Cuando estés feliz, recuerda que seguro habrá alguien más triste. Cuando tu taza se desborde, encuentra una taza vacía para recoger las gotas que se desbordan. Cuando tu alma esté llena de alegría, ve, si puedes, y encuentra un doliente y deja que escuche tu canción, o siéntate a su lado y dile cuánto te alegras y tal vez su pobre corazón pueda alegrarse con tus dulces palabras de aliento. ¿Pero eres débil? ¿Estás triste, tú mismo? Entonces acude a Aquel que es el gran Consolador y pídele que alivie tus angustias y después sal tú mismo y consuela a los demás. No hay nadie tan bueno para consolar a los demás como aquellos que una vez estuvieron sin consuelo. Si yo fuera huérfano ahora y necesitara un ayudante, buscaría a uno que había sido huérfano en su juventud, para que pudiera compadecerse de mí. Si yo fuera pobre y sin hogar, no iría al hombre que ha rodado en riqueza desde la más tierna juventud, sino que buscaría al hombre que, como yo, ha pisado descalzo el pavimento frío de la calle a medianoche.

Buscaría al hombre que, sin un centavo y pobre, ha mendigado su camino de pueblo en pueblo y luego, por la Providencia de Dios, se ha esforzado. Porque podía creer que alguien así tendría un corazón para simpatizar conmigo. Anda, pobre, probado, anda, alma curtida, si puedes, y llama a tu compañero, que acaba de salir al mar contigo, y dile que tenga buen ánimo. Tú que estás en el valle de sombra de muerte, canta: "Sí, aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno". Y tal vez algún Hermano muy atrás de ti oirá la canción y se animará.

***"Las vidas de los grandes hombres nos recuerdan que podemos hacer que nuestras vidas sean sublimes, y al partir, dejar tras de nosotros, huellas en las arenas del tiempo. Huellas que, tal vez, otro, navegando sobre el solemne camino de la vida,***

***al ver, pueda recuperar el ánimo."***

Ve y cuando hayas encontrado algún bien, esfuérate por perpetuarlo comunicándolo a los demás. Cuando tu pie esté sobre la roca, muestra a otros cómo poner sus pies allí. Cuando estés contento, cuéntales a los demás cómo te alegraste y el mismo cordial que te alegró a ti, también puede alegrarlos a ellos. "Consolaos, consolaos pueblo Mío".

Ahora, ¿por qué no disfrutamos esto un poco más? Creo que una de las razones es que la mayoría de nosotros somos demasiado orgullosos para seguir los pasos de nuestro Maestro. No nos gusta decir con Él: "No he venido para que me sirvan, sino para ministrar". "Consolaos, consolaos, pueblo Mío" es una admonición sublime, pero seguramente nunca fue pensada para la escasa simpatía de la moda, para una dama que puede viajar en su carruaje y enviar su tarjeta, cuando llama para preguntar por un amigo que está enfermo. Pero si insistiera en el deber y le dijera que "Mi pueblo" incluye a los más pobres del rebaño de Dios, los más débiles y los mezquinos, ella pensaría que soy un joven grosero y vulgar que desconoce la etiqueta de la sociedad refinada. ¡Consuela a los pobres! ¿Por qué debería hacerlo ella? "Las clases bajas esperan demasiado de las altas, no me rebajaré a mí mismo inclinándome ante ellas. Este tipo de sentimiento que tienen muchos cristianos profesantes, hablan con un fino ceceo, consideran que es suficiente decir: "¡Pobre criatura, me compadezco de tu caso, lo siento por ti!" Pero el heredero del Cielo lee "Consolaos, consolaos pueblo Mío".

Hay un pobre hombre en las calles que acaba de llegar, un mendigo a pedir a tu puerta, y puedes ver, por lo que dice, que hay algo de la gracia de Dios en su corazón, entonces consuélalo. Hay otro en la escalera que cruje en ese callejón trasero, nunca subiste allí, puede que tengas miedo de ir, pero si oyes hablar de un hijo de Dios allí, no retrocedas. Los diamantes de Dios se pueden encontrar a menudo entre montones de harapos y andrajos, en las mismas afueras de la ciudad, las moradas de la pobreza demacrada, así que ve tras ellos. Siempre que oigas hablar de un hijo de Dios, ve y encuéntralo, porque este mandamiento, "Consolad, consolad, pueblo Mío", nunca debe ser dejado de lado por nuestro orgullo. Vaya, a veces van a sus iglesias y capillas y se sientan en sus bancos sin siquiera pensar en hablar con sus vecinos. Algunos hombres irán a una capilla siete años y apenas sabrán el nombre del que está en el siguiente asiento. ¿Eso está bien? Muchos también se sentarán a la mesa del Señor y no se hablarán entre sí. Esa no es la manera de la comunión tal como yo la entiendo, tampoco es la manera del Evangelio.

Cuando yo era solo un joven, casi el niño más pequeño que jamás se unió a una Iglesia, recuerdo que pensé que todos creían lo que decía, y cuando escuché al ministro decir Hermano, pensé que debía ser su hermano, porque fui admitido en la Iglesia. Una vez me senté al lado de un señor en un banco y recibimos juntos el pan y el vino. Me llamó "hermano", y como pensé que lo decía en serio, luego actué en consecuencia. No tenía ningún amigo en

la ciudad de Cambridge, donde estaba, y un día, al salir, vi a este mismo señor y me dije: "Pues ahora, él me dijo Hermano, yo sé que está mucho mejor que yo, pero eso no me importa. Iré y hablaré con él, así que fui y le dije: "¿Cómo estás, hermano? "No tengo el placer de conocerte", fue su respuesta. Le dije: "Me senté junto a usted en la mesa del Señor el día de reposo pasado, señor, y me llamó 'hermano' cuando me pasó la copa y estaba seguro de que lo decía en serio". "Ya está", dijo, "vale la pena ver a alguien que cree un poco con sinceridad en estos tiempos, ven conmigo".

Y hemos sido los amigos íntimos más cercanos y queridos desde entonces, solo porque vio que le tomé la palabra, que quería decir lo que dijo. Pero hoy en día la profesión se ha convertido en un pretexto y una farsa. Las personas se sientan juntas en la Iglesia, como si fueran hermanos. El ministro os llama Hermanos, pero no os hablará ni os reconocerá como tales. Su pueblo son sus Hermanos, sin duda, pero entonces es en un sentido tan misterioso, que tendrás que leer a algún teólogo alemán para comprenderlo. Esa persona es "su muy querido hermano" o "su muy querida hermana". Pero si estás en peligro, ve a ellos y ve si te ayudan. Yo no creo en una religión como esa. Quisiera que aquellos que profesan ser Hermanos, crean que, "Consolaos, consolaos pueblo Mío", se aplica a cada miembro de la iglesia de Cristo, y que todos deben llevarlo a cabo al máximo de sus capacidades.

**2. En segundo lugar, ¿CUÁLES SON LAS RAZONES DE ESTE MANDAMIENTO?** ¿Por qué Dios dice "Consolaos, consolaos pueblo Mío!"

La primera razón es porque a Dios le encanta ver a su pueblo feliz. El católico romano supone que Dios está complacido con un hombre si se azota, camina descalzo por muchas millas y atormenta su cuerpo. Estoy seguro de que, si viera a alguien hacer eso, diría: "Pobrecito, dale un par de zapatos, quítale ese látigo, no puedo soportar verlo así". Y como creo que Dios es infinitamente más benévolo que yo, no puedo suponer que se complacería en ver correr sangre por la espalda de un hombre, o ampollas en sus pies. Si un hombre quiere agradar a Dios, es mejor que se haga tan feliz como pueda. Cuando estoy junto al mar y la marea está subiendo, veo lo que parece ser una pequeña franja, casi como una niebla. Y le pregunto a un pescador qué es, me dice que no hay niebla allí, y que lo que veo son todos pequeños camarones danzando en éxtasis, lanzándose en convulsiones y contorsiones de deleite.

Pienso dentro de mí: "¿Dios hace felices a esas criaturas y me hizo a mí miserable? ¿Puede alguna vez ser una cosa religiosa ser infeliz?" No, la verdadera religión está en armonía con todo el mundo, está en armonía con el sol, la luna y las estrellas, y el sol brilla y las estrellas titilan, está en armonía con todo el mundo, y el mundo tiene flores en él y colinas que ascienden, y pájaros que cantan. Tiene alegrías en él. Así que creo que la religión estaba destinada a tener alegrías en ella y sostengo que es algo irreligioso andar deprimiéndose

miserablemente a través de la creación de Dios. A veces no puedes evitarlo, al igual que los pecados te alcanzarán, pero la felicidad es una gran virtud. "Sigue tu camino, come tu pan con alegría y bebe tu vino con un corazón alegre, porque Dios ahora acepta tus obras", lo que significa no tanto comer y beber, sino más bien vivir con semblante gozoso, y andar delante de Dios, creyendo en su amor y regocijándose en su gracia.

Nuevamente: "Consolaos, consolaos pueblo Mío". Porque los cristianos incómodos a menudo deshonran la religión. Miren a mi Amigo que ha venido aquí esta noche con un semblante tan triste. Ayer tuvo una nueva sirvienta en su casa y cuando ella bajó a la cocina le dijo a su consierva: "¿No es piadoso nuestro amo?" "Sí seguramente". "Pensé eso porque se ve tan miserable". Eso sí que es una desgracia para la religión. Cada vez que un hombre cristiano se hunde bajo la aflicción. Cuando no busca la gracia de Dios para batallar varonilmente con su mar de problemas. Cuando no pide a su Padre que le dé un gran peso de consuelo con el que pueda resistir en el día malo, podemos decir que deshonra los altos, poderosos y nobles principios del cristianismo, que son aptos para llevar a un hombre en tiempos de la aflicción más profunda.

Es la jactancia del Evangelio que eleva a los hombres por encima de los problemas. Es una de las glorias de nuestro cristianismo que nos hace decir: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales, con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación". Pero cuando el cristiano esté triste y desdichado, corran hacia él, hermanos y hermanas, límpíenle esa lágrima del ojo, díganle que se anime, o por lo menos si está triste, que no lo deje ver al mundo. Si ayuna, que se unja la cabeza y se lave la cara, para que no parezca a los hombres que ayuna. Que sus vestidos sean siempre blancos y que su cabeza no falte de aceite, que sea feliz, porque así le da crédito a la religión.

De nuevo, "Consolaos, consolaos pueblo Mío", porque un cristiano en un estado incómodo no puede trabajar mucho para Dios. Rompe el corazón de un hombre pobre, y déjalo subir a esta plataforma con un espíritu afligido y agonizante y oh, ¡qué falta de poder habrá en él! Él quiere todo su tiempo para sus propios suspiros y gemidos y no tendrá nada para invertir en el pueblo de Dios.

Hemos visto ministros con el corazón quebrantado que se han lamentado tristemente de que, cuando estaban en problemas, se han encontrado incapaces de declarar la Verdad de Dios como desearían. Es cuando la mente está feliz que puede ser laboriosa. Nada lastima al hombre mientras pueda estar bien con el Cielo y sentirlo así. Si bien puede decir que Dios es su propio Dios, puede trabajar día y noche y apenas sentirse fatigado, pero quítenle sus consuelos y sus alegrías y entonces el trabajo de un día distrae sus nervios y destroza toda su



mente. Entonces consolad al pueblo de Dios, porque la caña cascada da poca música y el pabilo que humea hace poco fuego. "Consolaos, consolaos" los santos, porque ellos trabajarán diez veces mejor cuando sus mentes hayan sido reconfortadas una vez.

Nuevamente: "Consolaos" al pueblo de Dios, porque profesan amarlos. Llamas a esa pobre anciana tullida, que merodea por su casa esta noche, apoyada en su muleta, tu hermana. ¿Sabes que ella se irá a la cama esta noche sin cenar? Solo una vez probó comida hoy y fue pan seco. ¿Sabías que es tu hermana? Deja que tu corazón hable, ¿permitirías que tu hermana comiera pan seco una vez al día y no tuviera nada más? No, por amor a ella como tu pariente, irías y la consolarías. Hay otro hermano pobre que se te cruzará en el camino a casa, no pobre en las cosas corporales, pero pobre en el alma, angustiado en el espíritu. No hagas lo que acaba de hacer esa persona, ha acelerado el paso, porque dice que ese anciano le hace desgraciado y le da melancolía hablar con él.

No, solo acércate a él y dile: "Hermano, escuché que estás en el valle de Baca. Bien, está escrito, los que pasan por el valle de Baca lo hacen un pozo, la lluvia también llena los estanques". Uníos a él, porque escrito está: Consolaos, consolaos, pueblo mío. "No, señor", dice usted, "tengo la intención de ir esta noche con una o dos personas muy buenas, nos divertiremos juntos y estaremos muy contentos esta noche". Sí, pero si se alegran no los puedes consolar, así que ve y busca a algún quebrantado de corazón, si puedes, a algún pobre, triste, doliente, y di: "El Señor se te apareció en la antigüedad y te dijo: 'Yo te he amado con un amor eterno.' Las misericordias de Dios no han fallado y, por lo tanto, no hemos sido consumidos".

Ve y anímalo. ¿Qué? ¿No hay familias cerca de ti a las que la muerte haya quitado últimamente la cabeza? ¿No tienes amigos en duelo? ¿No tenéis pobres en vuestras calles, ni afligidos, ni abatidos? Si no lo ha hecho, entonces esa Escritura podría ser arrancada de la Biblia porque sería inútil. Pero como estoy seguro de que tienes tales, te ordeno, en el nombre de Dios Todopoderoso, que vayas y busques a los necesitados, a los afligidos y a los pobres y les envíes porciones de comida. "Consolaos, consolaos pueblo Mío".

**3.** En último lugar. Dios nunca da a Sus hijos un deber de hacer sin darles **LOS MEDIOS PARA HACERLO**. Él nunca les pide que hagan ladrillos sin paja, y cuando Él nos dice que consolemos al pueblo de Dios, podemos estar seguros de que hay muchos medios por los cuales pueden ser consolados. Permítanme simplemente insinuar aquellas cosas en el Evangelio eterno que tienden a consolar a los santos. ¿Qué? ¡Hijo de Dios! ¿No tienes un tema para consolar el corazón dolorido? ¡Ve, pues, a contar las cosas antiguas de los días pasados! Susurra al oído del doliente la gracia electora, la misericordia redentora y el amor moribundo. Cuando encuentres a uno afligido, háblale del Pacto, en todas las cosas bien ordenado, firmado, sellado y ratificado. Cuéntale lo que el Señor ha hecho en los días pasados, cómo

cortó a Rahab e hirió al dragón, cuéntale la maravillosa historia de los tratos de Dios con su pueblo. Dile que Dios, que dividió el Mar Rojo, puede abrir camino para Su pueblo a través de las aguas profundas de la aflicción. Que el que apareció en la zarza ardiente que no se consumía, lo sostendrá en el horno de la tribulación.

Háblale de las cosas maravillosas que Dios ha obrado por Su pueblo escogido; ¡seguramente hay suficiente para consolarlo! Dile que Dios cuida el horno como el orfebre la olla de refinación.

***"Tus días de prueba, entonces, están todos ordenados por el Cielo.  
Si Él designa el número 'diez', nunca tendrás once".***

Si eso no es suficiente, háblale de Sus misericordias presentes, dile que tiene mucho, aunque se haya alejado mucho. Dile que "ahora ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús". Dile que ahora es acepto en el Amado, dile que ahora es adoptado y que su posición es segura, dile que Jesús está arriba, con el pectoral, defendiendo su causa, dile que, aunque tiemblen los pilares de la tierra, Dios es un refugio para nosotros, dile al doliente que el Dios eterno no falla, ni se cansa. Deja que los hechos presentes le basten para animarlo.

Pero si esto no es suficiente, háblale del futuro. Susurrarle que hay un Cielo con puertas de perlas y calles de oro. Dile que...

***"Unos cuantos soles rodantes más lo llevarán a la hermosa costa de Canaán",***

y por lo tanto bien puede llevar sus penas. Dile que Cristo viene y que su señal está en los cielos. Su advenimiento está cerca, pronto aparecerá para juzgar la tierra con equidad y a su pueblo con justicia. Y si eso no es suficiente, cuéntale todo acerca de ese Dios que vivió y murió. Llévalo al Calvario, imagínale las manos, el costado y los pies sangrando. Háblale de la corona de espinas. Háblale del poderoso Monarca de la aflicción y la sangre, que vestía el escarlata de la burla que aún era la púrpura del imperio del dolor.

Dile que Él mismo llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero. Y si no he dicho suficiente, vaya a su Biblia, lea sus páginas, doble su rodilla, pídale guía y luego dígame alguna gran y preciosa promesa para que pueda cumplir su misión y consolar a uno del pueblo de Dios.

Sólo tengo unas pocas palabras que decir a algunos que me apena pensar que no necesitan consuelo. Quieren algo más antes de que puedan ser consolados. Algunos de mis oyentes no son el pueblo de Dios, nunca han creído en Cristo, ni han acudido a Él en busca de refugio. Ahora les diré breve y claramente el camino de la salvación. Pecador, sabe que eres culpable

ante los ojos de Dios, que Dios es justo y que Él te castigará por tus pecados. Escucha, entonces, solo hay una manera por la cual puedes escapar y es esta: Cristo debe ser tu Sustituto. O debes morir, o Cristo debe morir por ti. Tu único refugio es la fe en Jesucristo, quien realmente derramó Su sangre por ti, y si eres capaz de creer que Cristo murió por ti, sé que te hará odiar el pecado, buscar a Cristo y amarlo y servirlo por los siglos de los siglos.

¡Que Dios nos bendiga a todos, perdone nuestros pecados y acepte nuestras almas por causa de Jesús! Amén

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)